

Boletín del Museo Arqueológico Nacional



NOTICIARIO

«IN MEMORIAM». ENRIQUE LAFUENTE FERRARI (1898-1985).

El pasado día 25 de septiembre falleció en Madrid nuestro compañero de Cuerpo Don Enrique Lafuente Ferrari. Maestro de generaciones de historiadores del arte, fue persona de alguna manera marginada en una España que renegó de sus liberales más notables.

Mis recuerdos del maestro Ferrari datan de mi niñez, en que oía hablar a mi madre de su compañero de carrera y del desaparecido «chalet» de Almagro del Centro de Estudios Históricos, donde compartió horas de trabajo con los también desaparecidos E. Camps y A. García y Bellido, así como con J. López Rey, bajo la égida de los maestros Gómez Moreno y Tormo.

Mi retorno de la forzosa emigración de España permitió que tuviese contacto primero con Don Enrique a nivel personal, no de referencia radical.

Persona defensora de la libertad y del pensamiento humanístico, Lafuente sufrió en carne propia las consecuencias de la conflagración civil. Tesonero, luchador, no se arredró y siguió adelante en su camino académico y de investigación, comenzado ya antes de la guerra civil. Hombre de interés general por la cultura, precisamente su primera publicación versa sobre Azorín en el Teatro, trabajo publicado en «La Gaceta Literaria» en 1927. Simbólico resulta también que su primera publicación sobre historia del Arte sea su *Velázquez* (1928) editado por Phaidon, de Oxford, con motivo de la exposición conmemorativa del Centenario del pintor aragonés. De alguna manera estas tres labores estarán siempre presentes en la vida de Lafuente: la crítica, la investigación y la gran labor difusora, siempre en punta, en lo más avanzado contra todo lo que significara cerrazón y ultramontanismo (recuérdese su

contribución al primer número de «Insula», revista donde ya estaba José Luis Cano).

Para mí lo aleccionador de Lafuente no fue su la-



bor ingente de investigador, sino la de maestro colectivo que supo siempre escoger, de alguna manera, estar relacionado con la obra «punta», la obra aleccionadora por sus ideas y que había que leer, y a través de la cual siempre había una crítica implícita, ese acicate para no dormirse en los laureles, y que llevaba aparejada la obra presentada como elemento constructivo de su crítica aguda y certera: es la publicación en 1942, de la traducción, con prólogo de Don Enrique, de *El Barroco, arte de la Contrarreforma* de Weisbach. Por otra parte pocos como él veían en España publicadas sus contribuciones en revistas anglosajonas como en el «*Burlington Magazine*» en 1945. Su talante estaba presente aquí, notándose también en el Museo de Arte Moderno, que él dirigió durante bastante tiempo, hasta ser sustituido por motivo de la jubilación. Su etapa al frente de dicho museo se hizo desde la más absoluta pobreza de la post-guerra, pero ello no impidió sus revalorizaciones museísticas de Regoyos y Rusiñol en el local del Palacio de Biblioteca y Museos, de Joaquín Mir y Vázquez Díaz. Entonces estuvo presente también como crítico de arte contemporáneo, labor en la cual destacó por su capacidad de interpretar significados de pintor, autores y obras, presente también en esa magnífica síntesis que fue su ejemplar *Historia de la Pintura española*.

Pienso que su actitud, genéricamente hablando, queda bien plasmada en su preclaro prólogo a *Estudios sobre iconología* de E. Panofsky al propugnar una postura de libertad y creación intelectual del estudioso diciendo: «El trabajo de servil acarreo a que muchos profesores someten a sus estudiantes o la exigencia imperativa... de que sigan tales o cuales caminos sin apartarse de ellos, ni gastar tiempo en esparcimientos por otros campos del saber, son funestos para la formación del joven talento». Por ello la lectura de Panofsky podrá, en nuestro país, contribuir a que las nuevas generaciones tomen conciencia del angostamiento provinciano en que la Historia del Arte seguirá estancada entre nosotros, si no se libera de localismos y complejos de inferioridad que pueden ser funestos si se perpetúan. Esta falta de circulación... ha contribuido... a esa anquilosada retracción... y ambición de la bibliografía española...»

Sirva ello como testamento de quien nos dejó hace poco y cuyo magisterio vivo ya no está entre nosotros. Por ello esta revista, como portavoz del Museo Arqueológico Nacional, se suma a sus familiares, tan vinculados a esta institución –su cuñada Felipa Niño y Mas fue conservadora y Subdirectora de esta casa – en el dolor causado por su pérdida –
JUAN ZOZAYA.